

Elecciones norteamericanas de 1996

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

Herodoto decía que el mayor dolor del hombre era conocer mucho y no poder actuar sobre ello. Pienso que hay todavía un dolor que le supera: conocer algo y no ser capaz de explicarlo. Y ese dolor alcanza a todo el que intenta explicar a los europeos, o asiáticos o africanos, las instituciones norteamericanas. Imposible. Inútil. Ganas de perder el tiempo. Uno puede contar con pelos y señales cómo funciona la justicia, la política, la economía o la enseñanza en Estados Unidos y sus lectores u oyentes de otras partes del mundo no le entenderán o, lo que es peor, le entenderán al revés. Recuerdo que cuando me comunicaron que iba a ser trasladado como corresponsal

«Herodoto decía que el mayor dolor del hombre era conocer mucho y no poder actuar sobre ello. Pienso que hay todavía un dolor que le supera: conocer algo y no ser capaz de explicarlo.»

de Berlín a Nueva York, me pasé varios meses leyendo cuanto caía en mis manos sobre Estados Unidos, empezando por "Amerika-Die unfertige Gesellschaft", de Herbert von Borch, que había recibido el premio de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en Nueva York y terminando por el clásico de Tocqueville.

Aunque este último sigue siendo el que más se aproxima a su objetivo, a la media hora de haber llegado a Nueva York me di cuenta de que poco o nada sabía de aquel país. De que las ideas y conclusiones que había sacado de las lecturas no se ajustaban a la realidad. La *razón* era muy simple: mis ideas sobre Estados Unidos se habían conformado según mis

ideas previas, o pre-juicios, españoles y alemanes. Pero esta experiencia tanto intelectual como vital no sirve para Estados Unidos, donde todo ha surgido de modo distinto y tiene por tanto un significado diferente. Estados Unidos es el único país realmente distinto a todos los demás y en este sentido, España o Alemania se parecen más a Tailandia que a aquellos.

«Lo primero que choca a los extranjeros de las elecciones norteamericanas es su duración. El "año electoral" dura allí prácticamente eso. Empieza con las primeras "Primarias", sobre todo la de New Hampshire, en medio de las nieves invernales, y se prolonga hasta el segundo martes de noviembre, día de las elecciones generales.»



He creído necesaria esta larga introducción a un análisis de las elecciones norteamericanas para advertirles de que nada garantizo e incluso puede que la impresión que saquen no sea exacta. De ahí que les ruegue un esfuerzo para dejar aparte ideas preconcebidas y aproximarse a este relato en las mejores condiciones de que no les resulte totalmente superfluo.

Lo primero que choca a los extranjeros de las elecciones norteamericanas es su duración. El "año electoral" dura allí prácticamente eso. Empieza con las primeras "Primarias", sobre todo la de New Hampshire, en medio de las nieves invernales, y se prolonga hasta el segundo martes de noviembre, día de las elecciones generales. Una auténtica maratón a lo largo y ancho de aquel país-continente, que pone a prueba a los candidatos en todos los aspectos, empezando por el físico. A veces da la impresión de que esta larguísima carrera de obstáculos tiene más que nada por objetivo saber si los contendientes poseen la resistencia necesaria para aguantar cuatro años de tensiones en la Casa Blanca. Aunque hay también quien dice que la campaña dura tanto porque es la única diversión que tienen doscientos millones de norteamericanos —todos los que no viven en

las grandes ciudades— a lo largo de su vida, excepto la caza, la pesca, jugar al golf e ir al supermercado. En cualquier caso, la segunda característica de esas elecciones es la participación activa del cuerpo electoral. Las elecciones se "viven", sobre todo en sus fases iniciales, cuando los protagonistas son sin duda los electores más que los candidatos. El proceso de selección es tan vario como meticuloso. Primero hay que elegir el candidato de cada partido, y cada

Estado tiene su forma particular. En algunos se hacen "Primarias" o simples votaciones, por las que los republicanos eligen a su hombre, y los demócratas, al suyo. Sin olvidar a los independientes, que no quieren a uno ni a otro, y a los "hijos favoritos", ya que hay Estados que, antes de decidirse por los candidatos oficiales, prefieren elegir a uno de sus vecinos ilustres —casi siempre el gobernador—, para que les represente en las "Convenciones", y allí vender literalmente su apoyo al mejor postor, a cambio de beneficios para su tierra. Aparte de las Primarias, hay los "Caucusses", asambleas vecinales, parecidos a los viejos concejos leoneses-castellanos, donde los reunidos discuten durante horas cuál es el mejor candidato, para decidirse finalmente por uno de ellos. Y por si todo esto no fuera ya bastante complicado, hay Estados donde son los líderes de los partidos quienes eligen a sus candidatos, lo que en teoría simplifica las cosas, pero que en la práctica puede complicarlas. Si la dirección de un partido está dividida, como ocurre frecuentemente, ponerla de acuerdo sobre un hombre es tarea de Hércules. En cualquier caso, los distintos candidatos tienen que pasarse el invierno y primavera zigzagueando por el país en busca de votos, enfrentándose a los más variados

problemas locales, besando niños y atiborrándose de los platos más indigestos. Todo sin perder la sonrisa, que puede ser lo más difícil.

Con los candidatos ya perfilados se celebran, en julio y agosto, las "Convenciones" de los dos principales partidos. Se las ha comparado con un circo, con una kermes, con un carnaval, y de todo ello tiene. Aunque la comparación tal vez más exacta sea la de una *danza* guerrera antes de la batalla, en la que los combatientes se dan ánimo con toda clase de gritos y bailes en torno al jefe. Aunque detrás de las luces, los globos, las serpentinas, las muchachitas de falda corta, los miles de bocadillos consumidos y los cientos de barriles de cerveza embaulados, está la durísima negociación en las habitaciones de hotel para asegurar los votos para este o el otro candidato, a cambio de tales concesiones. Negociaciones que se extienden a la elaboración de la "Plataforma" o programa electoral con el que el candidato hará la campaña. Todas las facciones de un partido —y los norteamericanos suelen tener un ala izquierda, una derecha y un centro— quieren meter la cuchara en esa Plataforma, y que ésta refleje su línea ideológica. El compromiso se hace inevitable, poniendo esto o quitando lo otro, por lo que el documento final suele ser tan largo como indigesto. A más de inútil, pues una vez en la Casa Blanca, cada Presidente norteamericano gobierna como le da la gana, y como le dejan las Cámaras, no como le dicta la Plataforma sobre la que fue elegido. Pero el rito se cumple escrupulosamente.

Elegidos los candidatos, hay una pausa, bien ganada, hasta el Labor Day, a principios de

septiembre. A partir de ahí, comienza la campaña presidencial propiamente dicha, con los dos grandes partidos organizados como dos ejércitos lanzados al combate con todos los medios que ofrece la moderna tecnología. Dos meses infernales, en los que no se ahorra truco, insulto, argumento o incluso verdad, para alcanzar la victoria. El segundo martes de noviembre, como hemos dicho, acaba todo —hasta dentro de cuatro años, que vuelve a repetirse—.

Estas líneas fundamentales se cumplen religiosamente en todas las elecciones norteamericanas, aunque, como es natural, cada una de ellas

tiene sus características particulares. Pero incluso en esas peculiaridades hay rasgos comunes. Por ejemplo, en prácticamente todas ellas surge de entrada uno o varios "outsiders", candidatos fuera del marco institucional de los partidos clásicos, que hacen mucho ruido e incluso logran victorias espectaculares. En 1996, el más destacado de ellos ha sido Pat Buchanan, un ultraconservador con tintes popularistas, que consiguió

sembrar el desconcierto en la filas del candidato oficial republicano, Bob Dole. Pero a Buchanan le ha ocurrido lo que ocurre siempre a estos candidatos: que se queman en las chispas de su propio fuego. Entusiasmados por los éxitos iniciales, extreman su discurso, y terminan despertando más miedo que simpatía. Otro tanto puede decirse de los candidatos de los terceros partidos, que por muchos votos que consigan de arranque, ninguno logra llegar al asalto final. Este se disputa siempre entre los candidatos que representan la "mainstream", la corriente media de cada partido, y en las rarísimas ocasiones que

**«Hay también quien dice
que la campaña dura tanto
porque es la única diversión
que tienen doscientos
millones de norteamericanos
—todos los que no viven en
las grandes ciudades— a lo
largo de su vida, excepto la
caza, la pesca, jugar al golf e
ir al supermercado.»**



estos han probado suerte con candidatos extremistas —con Goldwater por los republicanos en el 64, McGovern por los demócratas en el 72— significaron auténticos desastres para ellos.

No es el caso de las elecciones del 96, que están transcurriendo casi al pie de la letra del libro de ordenanzas de las mismas.

Los dos candidatos son los oficiales de ambos partidos, el Presidente Clinton por los demócratas, el Senador Dole por los republicanos. En este momento, Clinton lleva una desahogada ventaja, gracias a las heridas que los aspirantes republicanos inflingieron a Dole durante las primeras etapas de la campaña. Pero esa fase se ha cubierto y el Senador de Kansas puede empezar a reagrupar a su partido en torno a él, lo que puede convertirle en un formidable candidato. La razón es que los Estados Unidos atraviesan una época conservadora, como demuestra que las dos cámaras tengan ese signo. Y los republicanos representan, en términos generales, el conservadurismo mejor que los demócratas. Por eso precisamente Clinton, de un tiempo a esta parte, viene orientando su discurso hacia la derecha, tanto en política interior como en la exterior, como advierte el endurecimiento de las medidas contra Cuba. Si deja que Dole le clasifique como el clásico demócrata "liberal, internacionalista y pródigo en gastos sociales", pierde la elección. Sus posibilidades están en disputar el centro-derecha a su rival. Aunque hay que tener en cuenta otro rasgo incrustado en el carácter norteamericano: no les gusta que las cámaras y la presidencia estén en manos del mismo partido. Prefieren el reparto de poderes, el famoso "balance of power", y en este sentido, siendo las cámaras ya republicanas, tenderán a que la presidencia quede en manos demócratas.

« Los distintos candidatos tienen que pasarse el invierno y primavera zigzagueando por el país en busca de votos, enfrentándose a los más variados problemas locales.»



A la postre, sin embargo, estas elecciones las decidirá lo que ha decidido la inmensa mayoría de las anteriores: la imagen que uno y otro partido den en sus respectivas convenciones y en la última etapa de campaña. De modo casi invariable, gana siempre el partido que se presenta más unido, más compacto, más agrupado en torno a su

candidato, no importa que sea el republicano o el demócrata. Los norteamericanos parecen decirse que si los dirigentes de un partido son incapaces de entenderse entre sí, malamente podrán llevar el país, y se inclinarán por el otro. Clinton lleva ventaja en este terreno clave. Como Presidente, tiene asegurado el apoyo unánime de todas las facciones demócratas. Dole, en cambio, tiene que atraerse a esa derecha ultramontana que representa Buchanan, y que éste no le agüe la fiesta en la convención, con todo el país como testigo a través de sus televisores. Tendrá que convencerle de que se porte como un buen chico y que aparezcan como una familia bien avenida. Lo que no está en modo alguno garantizado.

Ello, repito, da a Clinton una importante ventaja en el último tramo de campaña. Que la conserve o no, no dependerá tanto de él, sino de que Dole logre coagular en su torno el conservadurismo que anda suelto por el país, y que personalmente representa bastante mejor que el Presidente. Pero ése, como habrán comprendido tras este somero repaso de las elecciones norteamericanas, no es el único factor que cuenta. Así que habrá que esperar a ver cómo transcurren las convenciones y qué labor hacen ambos candidatos en la fase final de campaña. Y eso, como dicen los norteamericanos, "only time will tell", sólo puede decírnoslo el tiempo.